

2º Jne Pedro Repetto

ARIEL

REVISTA DEL

CENTRO ESTUDIANTIL ARIEL

MONTEVIDEO

AÑO I

JULIO DE 1919

N.º 1



luz blanca consumo reducido

No se olvide el nombre **ARGA** al comprar lámparas.

Se venden en todas las casas de electricidad

TENEMOS AGENTES EN TODOS LOS DEPARTAMENTOS

Unicos Agentes en el Uruguay: OSCAR PINTOS y C.^a

Avenida 18 de Julio, 1101, esquina Paraguay



**Fajas elásticas de todas
clases y modelos**

**Medias elásticas
de algodón y seda**

Piernas y brazos mecánicos

Bragueros y aparatos ortopédicos en general

CASA PABLO FERRANDO

SARANDÍ, 675 - 661.

MONTEVIDEO.

ARIEL

REVISTA MENSUAL DEL CENTRO ESTUDIANTEL "ARIEL"

REDACTORES: *Carlos Quijano—Arturo Lerena Acaredo—Luis E. Piñeyro Chain—Adolfo Coppetti—Eugenio Fulquet—Agustín Ruano Fournier.*

SECRETARIO DE REDACCIÓN: *Justino Zavala Muniz.*

ADMINISTRADORES: *Walberto Pérez—Vicente Elorza.*

SUMARIO:

Año I

N.º I

Nuestro programa.

Amado Nervo.

Amado Nervo, del doctor Víctor Andrés Belaúnde.

Serenidad, por Gustavo Gallinal.

Amado Nervo, por J. Carlos Gómez Haedo.

A Amado Nervo, por Yamandú Rodríguez.

Amado Nervo, por A. H. Lerena.

Amado Nervo, del doctor José Pedro Segundo.

Amado Nervo, por el doctor César Miranda.

Amado Nervo, por Fernando Pereda (hijo).

Emilio Oribe.

Notas.

Redacción y Administración

Sarandí, 940

MONTEVIDEO.

Centro Estudiantil "ARIEL"

CALLE SARANDI, 490

COMISIÓN DIRECTIVA:

Carlos Quijano, *Presidente* — Alberto Hardoy, *Vice*—Arturo Lerena Acevedo, *Vice*—Agustín Ruano Fournier, *Secretario*—Luis E. Piñeyro Chain, Aurelio Barrios Amorín, *Prosecretarios*—Eugenio Fulquet, *Bibliotecario*—Adolfo Coppetti, *Tesorero*—Vicente Elorza, *Protesorero*—Carlos Benvenuto, Arturo Ferrer Pérez, Walberto Pérez, Teófilo Herrán, Daniel García Capurro—Eduardo Irastorza—Justino Zavala Muniz, Julio C. Iturbide, *Vocales*.

SOCIOS CORRESPONSALES:

Artigas—Luis Alves Madrazo
Salto—Juan P. Roldan
Paysandú—Julio E. Molinolo
Río Negro—
Soriano—Juan A. González
Colonia—Isidro Lleonar
Rivera—Dámaso Uribe
Tacuarembó—Julio Maia
Durazno—

Flores—Cipriano Goñi (hijo)
Florida—Plácido S. Olariaga
Minas—Rufino Larrosa
San José—Carl. Díaz Larriera
Canelones—R. Ruano Fournier
Maldonado—Edg. M. Gutiérrez
Rocha—Horacio R. Ferrer
Cerro Largo—Danubio Yañez
Treinta y Tres—O. y González

BUENOS AIRES.—G. Evaristo Cabelli—Sarmiento, 1320, Escrit. 7

SOCIOS PROTECTORES:

Dr. Baltazar Brum—Dr. Enrique Cornú—Dr. Cyro de Azevedo—Dr. Domingo Arena—Dr. Américo Ricaldoni—Dr. Edmundo Castillo—Dr. Manuel Quintela—Dr. Buenaventura Delger—Dr. Eduardo Rodríguez Larreta—Dr. Emitio Frugoni—Dr. Daniel Castellanos—Dr. Daniel García Acevedo—Arq. Horacio Acosta y Lara—Dr. Claudio Williman—Dr. Manuel Arbelaiz—Dr. Eduardo Acevedo—Dr. José Mainginou—Dr. José Pedro Massera—Dr. Carlos M.^a Prando—Sr. Ismael Cortinas—Sr. Luis Galo Fernández—Sr. Enrique Ayre—Sr. Anselmo Lamarque—Dr. Carlos M.^a Sorín—Dr. Juan José Segundo—Juan Cat—Dr. Félix Polleri.

CANJE—Se solicita de las Instituciones culturales, Asociaciones y Centros de Estudiantes, a los cuales se les remite esta Revista, quieran enviar al Centro Estudiantil «Ariel» las publicaciones que efectúen.

APUNTES DE QUIMICA INORGÁNICA—Generalidades.—Prólogo del Dr. Angel Maggiolo, Catedrático de la materia en la Universidad, por W. Pérez y A. Easton.

APARECERÁ PRÓXIMAMENTE

Nuestro programa

Con la aparición de esta revista, se cumple uno de los propósitos fundamentales de la obra en que está empeñado el Centro E. "Ariel".

Diversas razones de distinta índole, impidieron hasta ahora que nuestra institución tuviera un órgano encargado de defender y propagar sus ideas. Esta revista viene a llenar ese vacío; será pues, un órgano de combate, un órgano que surge a la vida periodística del país con ideales definidos de acción.

¿Cuáles son esos ideales?

Cabe hacer notar, por lo pronto, que al ponernos bajo el amparo de Ariel, nos ponemos también bajo el amparo de José E. Rodó. He ahí, pues, uno de los fines primordiales de nuestra prédica, sostener el programa de idealismos que José E. Rodó legara a la juventud de América.

Nuestra revista quiere ser, por eso, una revista para la juventud intelectual, y con preferencia para la juventud universitaria del país; campo propicio a todo esfuerzo y a todo ensayo que persigan la realización de la belleza o la conquista de la verdad.

Creemos, acaso con la pedantería que dan los veinte años, en la fuerza incontrastable de la juventud. Y ahora más que nunca. En el momento de desorientación espiritual en que se encuentra la humanidad, le corresponde a América, y dentro de América a su juventud, la nobilísima tarea de lanzar a los cielos la nueva esperanza.

El pasado se va definitivamente, un anhelo de renovación y mejoramiento prepara un mundo nuevo: sea América sin odios ancestrales, sea su juventud, aún libre del veneno de las viejas civilizaciones, las que, en esta hora excepcional de inquietud y esperanza, abran los nuevos caminos en marcha al porvenir. La meta está lejana, acaso en la cumbre más

alta, junto al mismo cielo infinito y profundo, y por el largo sendero que ha de llevarnos a su conquista, dos peligros nos acechan: o el escepticismo que inhibe la acción o el pesimismo que la encauza mal. Pesimista o escéptica ha sido hasta ahora gran parte de nuestra juventud, reaccionemos contra ambos males, la hora, lo ha dicho Dardo Regules, es de los espíritus afirmativos, de los que están encendidos en amor de una verdad y vienen a la vida a realizarla. Digamos también nuestra verdad, levantemos también nuestra bandera. Nosotros, levantamos ahora la bandera de Ariel: somos idealistas, confiamos en el poder de la voluntad, pedimos acción, nos mueve el optimismo y defendemos un concepto de patria que, sin perder el color local, pueda fundirse en el amplio concepto de América.

Tal nuestro programa; venimos a la lucha, confiados en la juventud y pugnaremos para que esa juventud moldee su espíritu al amparo de Ariel, de Ariel "genio del aire, imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad".

Y ese ideal superior, ya lo hemos dicho, guía luminoso de nuestro peregrinaje, no servirá para condenarnos a la inacción en un desprecio por las miserias de la vida. Por el contrario, fijos los ojos y encendida el alma en amor de Ariel, queremos que la juventud luche y obre. Nuestro país, y al decir nuestro país decimos América, necesita acción: acción en los claustros y en el taller, acción en el silencio del estudio y en la serenidad de los campos, acción siempre. Aún queda mucho por realizar, muchas son las rutas inexploradas, infinitas las posibilidades de triunfo. Obremos, pues, pero que en toda nuestra acción, la ínfima o la grandiosa perdure siempre, "en la esfera del pensamiento, una convicción, una creencia, o bien un anhelo afanoso y desinteresado de verdad, que guíe a nuestra mente en el camino de adquirirla."

Mas, en esta empresa, debe acompañarnos una fe, la fe en nuestras fuerzas y en el poder de nuestra voluntad. Obra con la conciencia de que eres invencible y vencerás, ha dicho Almafuerte; y bien, ésta debe ser la máxima. Creer ciegamente en el ideal que nos mueve, tener el sentido de la misión a cumplir y lanzarse, templado el acero de la voluntad, a conquistar la América lejana y presentida.

que la marcha será penosa, pero no importa, somos y es que creemos con Guyau, maestro amable, que el esfuerzo desinteresado y noble se pierde; veces hay, el éxito fácil seduce y entusiasma, pero es ley consolarle la vida que sólo perdure lo que honradamente fuere vivido. Magnifiquemos, pues, toda obra que emprendamos, dándole lo mejor de nuestro espíritu y lo más noble y azul de nuestros sueños.

Esbozado ya nuestro programa de labor juvenil, réstanos hablar de los límites en que se encerrará ese mismo programa. Nuestra obra de cultura será nacionalista y por extensión americana; trataremos así, de reflejar en la medida de nuestras fuerzas la vida cultural del país y de América, y como queremos ser la voz nueva, la voz que venga de la juventud, daremos siempre preferencia a los que recién se inician, a los que aún tienen que decirnos su palabra de verdad y su ensueño de belleza.

Por lo pronto, estrecharemos lazos con los universitarios de campaña; que nuestra voz de aliento llegue a todos, los que hermanos en el ansia de saber, lo son también en el idealismo generoso y en ésta locura de esperanza y de fe que nos ilumina el alma. A los compañeros de campaña, pues, a quienes la hostilidad del medio hace muchas veces fracasar en sus propósitos de superiorización, les ofrecemos nuestra amistad y les abrimos esta revista, para que nos digan sus aspiraciones y sus inquietudes.

Pero este concepto nacionalista, no nos hará olvidar el amor de América. Una gran obra de mutuo conocimiento intelectual queda aún por realizar, para que se haga carne el ensueño de solidaridad. Conozcámonos y comprendámonos, ese será el primer paso en el camino de la fraternidad continental. Nuestra revista no olvidará esa obra, abierta a todo lo que sea pensar noble, sentimiento elevado, ella pretende hermanar a la juventud de América en la lucha empeñosa por el triunfo de Ariel: un mismo ideal y una misma y sagrada inquietud de justicia y amor.

A ellos, pues, a los hermanos de América, también nuestra amistad y nuestro concurso.

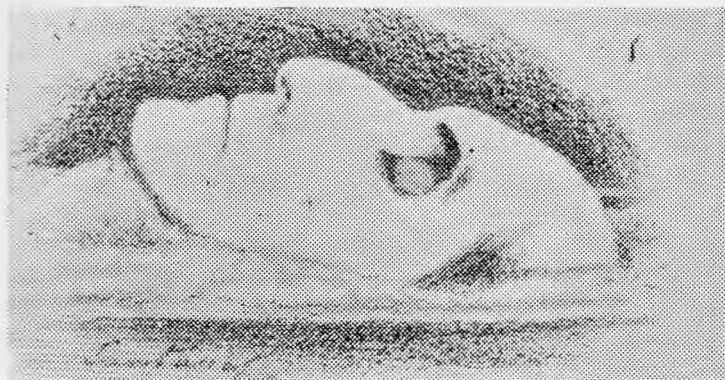
Concretando:

Pugnaremos por que Ariel ilumine el espíritu de toda juventud; trataremos de que en nuestra revista todo esfuerzo desinteresado en procura de la belleza y la verdad, encuentre estímulo y aplauso; nos preocuparemos por reflejar el movimiento cultural de nuestro país y de América e intentaremos ser la voz nueva que diga de las nuevas esperanzas y de las nuevas inquietudes.

C. Q.

AMADO NERVO

El Uruguay, que sobre el hermoso Plata, tenía algo así como el privilegio de la sonrisa de América, tuvo, en un día aciago, el triste privilegio de una tumba. El rodeó el cadáver con las flores de sus jardines y exaltó, por sus hombres de pensamiento, la obra del poeta, carnal o serena, torturada o espiritualizada. ARIEL se asocia al homenaje americano al eximio Amado Nervo, recogiendo en las páginas de su revista la palabra nacional de duelo y de elogio.



E inicia su propósito publicando en primer término la conferencia pronunciada por el doctor Víctor Andrés Belaúnde, en el homenaje a Amado Nervo, realizado en el "Teatro Urquiza", el día 2 de junio, por el Patronato de la Infancia en la Escuela.

Amado Nervo

Del doctor Víctor Andrés Belaúnde

Señoras y señores de la Comisión Organizadora de la fiesta.

Señoras y señores:

Pocas veces he sentido mayor inquietud al presentarme a hablar en público, como en este instante. Vibran todavía en mis oídos las palabras del poeta: "tengo un inmenso deseo de dormir". "Renombre, renombre, vete; no hagas ruido, estoy bien así". Parece que la muerte del poeta exigiera, como único homenaje, el silencio. Sólo quiere su tumba flores, ritmos y lágrimas; las flores las habéis llevado vosotros, sus admiradores y sus amigas; los ritmos, los han entonado los poetas, sus hermanos; las lágrimas, las han derramado todos los hombres de sentimiento.

(¡Muy bien!—Aplausos).

Pero yo no podía declinar el alto honor de pronunciar esta conferencia. He sido testigo de los últimos días de Nervo y conocí el interés que tenía por esta fiesta. (1) Enfermo ya me preguntaba ansioso: "¿Podré ir, podré ir?". Y sólo cuando se sintió herido mortalmente, con dolor de su alma hizo anunciar que la fiesta debería postergarse. Y ahora, al evocar estas circunstancias, yo siento que su espíritu me dice: "No declines el honroso encargo; hay un mandato divino en la súplica de las mujeres; su obra es obra de amor. Anda y habla, pero habla con el corazón". Y aquí he venido a hablaros con el corazón.

(Aplausos).

(1) La vejada patrocinada por la «Sociedad Protectora de la Infancia» en beneficio de los niños en la que debió tomar parte Nervo.

que no es ésta la ocasión propicia para hacer un homenaje a la obra de Nervo. Una gran personalidad como la suya merece el homenaje del análisis más minucioso, de la crítica más alta, más alta en el sentido científico de la palabra y en el sentido artístico, porque no cabe en el mundo si al mismo tiempo no es científica y no es artística.

El dolor no analiza, y todos estamos sumergidos en un gran dolor. Pero dice la filosofía moderna que del sentimiento brota la intuición; que la intuición es una manera más certera de ver las cosas, nuestro dolor avivará nuestra intuición, y, entonces, podremos comprender lo que hay de más esencial y profundo en el poeta.

Hay escritores que nos causan admiración; y escritores que nos inspiran afectos. Respecto a los primeros experimentamos una especie de sentimiento de distancia. Los admiramos, sí; pero los consideramos como seres superiores, extraños a nuestra vida. Los otros nos hablan al corazón, envolviendo sus palabras en una atmósfera de sentimiento y de amor.

Respecto de éstos sentimos un verdadero cariño: los consideramos como seres nuestros, tutelares, familiares; queremos tener su retrato y sus cartas; y cuando nos los presentan, decimos ingenuamente: ¡parece que hace mucho tiempo nos hubiéramos conocido! Así son ellos; engendradores de la divina simpatía; así era Alfredo Calderón, el gran moralista español. Una vez me dijo: "Yo no aspiro a ninguna gloria; estoy contento porque mis lectores me quieren". Lo mismo podía decir Nervo, con más títulos quizá que Calderón. Podía estar contento, sus lectores le querían!

(Aplausos).

Pero, ¿acaso es Nervo un escritor puramente sentimental? ¿Acaso es Nervo un poeta puramente amoroso?

De los poetas, unos son imaginativos y cantan la belleza en la naturaleza o en la historia con una gran fuerza verbal. Se llamen Andrade o Chocano. Otros cultivan la nota del sentimiento y del amor. La lírica americana ha sido fecunda en esta clase de poetas: Gutiérrez y González, Manuel Flores; un antecesor de Nervo: Gutiérrez Najara. Pero hay otros poetas que tienen algo más que sentimiento, algo más que imaginación; que beben en aquella fuente de eterna poesía, de la más alta poesía, que es la Muerte... que es el Infinito; que se enfrentan a la Esfinge para mirarla cara a cara y arreba-

tarle su secreto. Esa es la más alta cumbre de la poesía; a ella escaló Nervo: es el sitio excepcional que tiene en la lírica hispana.

(*Aplausos*).

Hay dos poetas que se han planteado el problema del más allá en la poesía americana: el colombiano Silva y el mexicano Nervo. Pero esos dos poetas han contemplado el misterio de muy distinta manera; el paralelo, por la ley del contraste, nos permite destacar mejor los caracteres de ambos poetas. Silva quiso descubrir el arcano; impetró a las Estrellas:

“Estrellas! Luces pensativas!
Estrellas, pupilas inciertas,
¿Por qué os calláis si estás vivas?
¿Por qué alumbráis si estáis muertas?”

Interrogó a la tierra el secreto de la vida, y la madre tierra, impasible y dura, no le contestó nada!

Nervo también sintió el enigma; pero lo sintió de muy distinto modo. Nervo escrutó en las honduras del abismo, pero vió que el abismo se iluminaba, que había luz en él; que palpitaba en el fondo una enorme esperanza. Entonces, el poeta elevó su plegaria, y creyó en Dios!!

(¡*Muy bien*) (*Aplausos*).

Y ahora pido un poco de benevolencia al auditorio. Es forzoso detenernos para apreciar las distintas fases de la evolución del bardo: desde el simple poeta amoroso, al magnífico y único poeta místico.

El primer período, o la primera faz de Nervo, podría decirse que es la del poeta erótico, noblemente erótico. Fueron sus primeras poesías, no “Místicas”, precisamente, aunque aparecieron antes, sino “Perlas Negras”.

El poeta no las quiso desconocer nunca, como hicieran Mirón o Chocano, porque eran sinceras. Su sinceridad, decía, las va a escurar. En “Místicas” el poeta refleja todo su espíritu ascético. Bien sabéis que Nervo tuvo una intensa instrucción religiosa. Se educó en un Seminario y sintió profundamente la poesía del altar, de la liturgia y del dogma.

Así sus primeras poesías místicas son de un misticismo ritual: Requiem, Anatema, Oremus.

El año 95, el poeta, a los veinticuatro años, empieza su espíritu al ambiente de la época. La inquietud que agita a la Humanidad, esta fiebre que lo corroe y que lo mina todo, este razonar eterno, este análisis que destruye las viejas ilusiones y que engendra otras ilusiones, lo visita también, y, entonces, aparece en su alma la duda.

Lo visita la duda, como aquel hermano vestido de negro Musset. No lo deja un instante: es la Implacable; no la puede matar, porque al matarla, se mataría él mismo!

Y le dice con las palabras de Nietzsche: "Dios ha muerto; la Vía Láctea es el cadáver de Dios". Y la Implacable es de una seducción terrible, "con aquellos ojos tan negros y tan grandes, bajo unas pestañas tan grandes y tan negras".

¡Muy bien! (Grandes aplausos).

Pero no sólo lo asalta la duda (*Implacable* es un documento psicológico para estudiar la evolución de Neruo), sino que lo asalta también la carne; lo obsesiona la Venus de Milo, "a pesar del flagelo y a pesar del cilicio"; y su espíritu parece entonces apartarse de la religiosidad, y alejarse de Dios.

"Dudé, dice en "Milagro", ¿porqué negarlo?". Mas el mundo tampoco lo atrae; definitivamente. Ha leído a Salomón y a Job y se sabe el Kempis de memoria. No le satisface la Filosofía; ni le llenan los goces de la tierra.

Se ha nublado su fe; y no la ha reemplazado por una gran ilusión en la naturaleza y en la vida; no cree ya ni en lo infinito, ni en el placer que pueda proporcionarle la carne finita, limitada y perecedera; y, entonces, desesperanzado, lanza aquella sublime imprecación a Kempis:

"Ha muchos años que estoy enfermo
Y es por el libro que tú escribiste".

(Aplausos).

Mas, ¿la duda y la carne arraigarán en el alma del poeta?
¿Serán simplemente un eclipse?

El mundo con sus seducciones; la duda con su atracción de abismo han empeñado el alma del poeta; pero ella siente añoranzas de su origen; quiere volver a su antiguo amor, y dice: "Tengo inmensas nostalgias de fe..." Invoca a Cristo; busca un refugio en su llaga del costado. Quiere seguirlo

“con andrajos de púrpura en los hombros y un haz de quimeras a la espalda”.

Dialoga el alma con Cristo; y se siente desfallecer cuando Cristo se le revela doliente, sufriendo por la Humanidad. y, entonces, se hace la luz; “amanece”. El poeta vuelve a la fe por el amor. El Dios verdadero es el que sufre y ama. Cristo es amor.

La fría razón no descubrirá nunca a Dios. El sublime retorno del poeta se halla confesado en estos versos de “Elevación”:

Con el farol de tu filosofía
no hallarás nunca a Dios, ¡oh, mente esclava!
sino con el amor, quien más le amaba
(San Francisco de Asís) más le veía.

Entonces se calma la inquietud ante el misterio; en el abismo hay amor, y el amor que es fuego, produce luz; es la luz de lo Eterno; es la luz de lo Infinito. El poeta vuelve a Dios por el amor. ¿Quién podía conducirlo por el sendero del amor sino el más grande discípulo de Cristo, el pobre de Asís? Y Nervo, sufre la influencia de San Francisco. Bien lo revela la estrofa citada que también es un documento psicológico.

De inspiración franciscana, son las hermosas poesías “Hermana Agua”, “Hermana Pobreza”, “Hermana Melancolía”. Habéis hecho bien, dignas damas, al disponer que esta poesía fuera recitada aquí por la única voz que, faltando la del poeta era digna de reemplazarla; ¡la voz de la belleza y del candor...! (1)

(*Aplausos*).

El amor en Cristo, como en San Francisco, es universal, y comprende todas las cosas. No es cierto que el cristianismo haya exaltado solamente el espíritu; ha exaltado también la naturaleza, por lo que la naturaleza tiene de reflejo del espíritu; por lo que la naturaleza tiene de divino. Es un error muy frecuente creer que el cristianismo reniega de la vida. El cristianismo ha nacido envuelto en la concepción más her-

(1) En la velada la composición «Hermana Melancolía» fué recitada por la niña Susana Soca Blanco.

mosa de la vida y se desarrolló dentro de un sentimiento profundo de la naturaleza. Jesús vivió rodeado de la ternura y simpatía de las mujeres, tendió sus manos acariciadoras a los inocentes niños; dió a su palabra el marco de belleza de la montaña o del lago, y en los instantes de la angustia suprema buscó un huerto para orar.

Esta fraternidad con la naturaleza, se exalta en Francisco de Asis, hasta el punto de que ella podría llamarse franciscanismo. Nervo, como su hermano de Asis, ama todas las cosas, se compenetra con todas las cosas, quiere ser como el agua resignada, buena y dulce y entonar su himno a Dios!...

Llama hermana a la Melancolía, porque la Melancolía también lo acompaña; y más tarde recibe con afecto a la hermana Pobreza que "ha mucho tiempo no veía".

Así se acentúa en el poeta la faz mística, pero no abandona al mundo porque todavía lo tienta la carne. En París, sus amigos tienen por compañeras inseparables, dice un biógrafo suyo, la miseria y el alcohol. Pero el poeta no se contamina; mas es necesario transigir con la carne. El espíritu complejo del poeta aduna el misticismo con la sensualidad. Este momento de la evolución de Nervo está representado por la influencia de Verlaine. Con toda sinceridad pudo decir al pobre Lelián: "Flota, como el tuyo, mi afán entre dos agujones: alma y carne". Estos dos elementos se mezclan en su inspiración en este período; pero ha de intensificarse el primero hasta predominar del todo.

El poeta ha encontrado la fe por el Amor; y la Fe y el Amor suponen la serenidad y conducen el optimismo. No puede predominar el mal en el Mundo; sobre el abismo está Dios. La esfinge ya no es adusta; la esfinge sonríe. Hay un sosiego en mis cementeras, dice el poeta. Simbolizan el estado de su alma la montaña, y el mar sin rabias, mar sin olas, mar sin odios, "mar muerto, de serenidad". El dolor tiene, tal vez, una misión providencial, y exclama, entonces, copiando a Hugo:

¡Sabemos por ventura
si tú con nuestras lágrimas fabricas las estrellas,
si los seres más altos, si las cosas más bellas
se amasan con el noble barro de la amargura?

En la serenidad, podría decirse que hay, además de la resignación, cierta indiferencia: ser sereno es ser extraño a las cosas, contemplarlas sin dolor, sin inquietud, sin confraternizar con sus esfuerzos y con sus luchas.

¿Se va a quedar Nervo en la serenidad y en el optimismo como Spinoza, diciendo, seguramente bajo la inspiración de aquel filósofo: "Mi voluntad es como una ley divina?" No; el cristianismo es tan esencial en Nervo; el amor y la fe, en el sentido cristiano, que entrañan afirmación, trabajo, y lucha, son tan fundamentales en la psicología de nuestro poeta que no se mantienen en la indiferencia, y en la renunciación sino que se convierten en fuente de actividad y de esfuerzo. El poeta se ha serenado, porque contempla que el mundo es bueno, que el mal no existe; que la noche sólo es el cono de proyección de la sombra de la tierra; pero el cielo está iluminado; la noche es una ilusión de nuestros sentidos y más allá, sólo existe la luz...

(Grandes aplausos).

La fe del poeta es una fe activa; una fe dinámica, una fe que busca 'elevación', que quiere subir a la cima del Zafir. Dice a su alma: "no esperes de mí piedad, ni nada que no sea espolazo, aguijón y castigo". Es preciso afirmarse: Arremete, grita, y entonces glorifica la acción y el esfuerzo. El hombre, todo fe y todo amor, ha de luchar y ser colaborador de Dios!...

(Aplausos).

Al principio la serenidad del poeta se tiñó de melancolía; pero la actividad supone contento y entusiasmo, y así ahora predica la alegría. El espíritu cristiano se acentúa más aún. Es la influencia de San Pablo que dice: "Estad gozosos". Nervo había repetido: "Es pecado estar triste". En "Plenitud" nos aconseja dulcemente: "Si hay un hueco en vuestra alma, llenadlo de amor". "Enciende siempre tu lámpara". "Date a los demás". "Sé alegre y siempre algre..."

Llena nuestra alma de esperanza, llena nuestra alma de fe, procuremos que los otros participen de esa fe, y participen de esa esperanza; debemos ofrendarnos a los demás, recordando las palabras del Evangelio. "En verdad os digo: es mejor dar que recibir".

Así se completa la evolución del espíritu de Nervo: la carne

está domada, el mundo desaparece; no hay duda; todo es paz y luz y santo gozo. El milagro se ha presentado. Escuchemos las mismas palabras del poeta.

(Prolongados aplausos).

EL MILAGRO

¡Señor, yo te bendigo, porque tengo esperanza!
Muy pronto mis tinieblas se enjorarán de luz...
Hay un presentimiento de sol en lontananza;
¡me punzan mucho menos los clavos de mi cruz!

Mi frente, ayer marchita y oscura, se levanta
hoy aguardando el místico beso del Ideal.
Mi corazón es nido celeste, donde canta
el risueño de Alfeo su canción de cristal.

... Dudé, ¿por qué negarlo?, y en las olas me hundía
como Pedro, a medida que más hondo dudé.
Pero tú me tendiste la diestra y sonreía
tu boca murmurando: "Hombre de poca fe".

¡Qué mengua! Desconfiaba de tí, como si fuese
algo imposible al alma que espera en el Señor;
como si quien demanda luz y amor, no pudiese
recibirlos del Padre: fuente de luz y amor...

Mas hoy, Señor, me humillo, y en sus crisoles fragua
una fe de diamante mi excelsa voluntad.
La arena me dió flores, la roca me dió agua,
me dió el simún frescura, y el tiempo eternidad.

Nervo sufre en los últimos tiempos la influencia de la filosofía búdica y escribe "El Estanque de los Lotos". Se habla en él de renunciamento, se quiere matar el deseo. El alma del poeta ha de permanecer indiferente ante la lucha universal. El Nervo cristiano parece aceptar la ideología hindú. Hay una diferencia radical entre el budismo y el cristianismo: el budismo es negativo, indiferente y estéril; el cristianismo es

activo, esperanzado y fecundo. El primero es la religión estática del Oriente muerto, el segundo la religión viva del Occidente, progresivo, civilizador y grande. Y así parece contradictorio que en el espíritu del poeta se aunara la inspiración búdica a la inspiración cristiana. ¿Cómo se concilian la fe resignada e inmovil, teñida de melancolía, con la fe activa, la fe fecunda que es generosidad, que es ilusión y, al mismo tiempo, esfuerzo? ¿Cómo se ha realizado en Nervo esa evolución? He aquí un problema que yo no acertaría a resolver y que la crítica estudiará mañana. Pero sí, podemos insinuar, con toda probabilidad, que la filosofía búdica, por su enorme fondo de poesía, ha constituido una fuente ideológica de inspiración, pero no un sentimiento esencial y un estado definitivo en la psicología del poeta.

Hay entre el cristianismo y el budismo un punto de contacto: el amor universal, la compenetración con toda palpación de vida. Este ha sido tal vez el lazo de unión de las fases del poeta. En el mismo "El Estanque de los Lotos" encuentro yo motivos para sostener que Nervo conservó su pensamiento esencialmente cristiano.

Nos dice en ese libro:

Y tu corazón sea
urna que guarde un poco
de la piedad de Cristo.

Y luego hablando del mismo Cristo, agrega estas palabras que parecen ser definitivas:

Ha dos mil años que pasó
sembrando paz, vertiendo miel
y de la tierra se adueñó.
Ha dos mil años que murió
y el mundo aún vive por El.

Y el libro concluye con estos versos dirigidos a Jesús:

Y tú en la mente humana te irás agigantando
hasta llenar de músicas y luz el infinito.

Hablando alguna vez con Nervo sobre la personalidad de Cristo le exponía la teoría interesante y original de Schleiermacher. Todos participamos de Dios; lo que hay de ideal en nosotros nos viene de Dios. En Dios nos vemos y somos, que dijo San Pablo.

Pero hubo un hombre, en que la humanidad quedó inundada por la divinidad y absorbida por lo infinito: ese hombre fué Cristo. Nervo veía en esa teoría la expresión de su pensamiento: Cristo era para él la Humanidad inundada por la divinidad, y la personalidad máxima, la encarnación suprema del ideal. Después de Cristo amaba a San Francisco de Assis.

En mi admiración ferviente por San Agustín, todo sabiduría y todo pasión, cité su nombre entre las grandes cumbres humanas. Nervo no participaba de mi entusiasmo. Lo separaba del Santo la implacable teoría de la gracia que divide a los hombres en elegidos del amor y en reprobos del amor. Nervo quería que todos fueran elegidos para el amor. Simpatizaba, sin embargo, con Pascal, porque siguió el camino del corazón para encontrar a Dios. Sobre la tabla de valores morales de la filosofía de Nervo, tenemos un documento vivo en una alegoría suya que se publicó en la Revista "América". Figura la humanidad al pie de una gran montaña; en el llano, sin panoramas, sin recibir un toque de luz suprema, están los seres que se agitan movidos por sus intereses egoístas, por los goces sensuales, el afán de poder, y de oro.

En las laderas, desde las cuales se divisa un panorama risueño, están los que saben amar, los seres que sienten el divino estremecimiento de la pasión. Más alto, están los que tienen el culto de la amistad, porque la amistad supone un mayor desinterés que el amor. Por encima de aquéllos, en las crestas elevadas, cuya ascensión es difícil, y donde parece que faltara el aire, están los héroes, los que han sabido amar a la Patria, y más arriba, en las cumbres casi inaccesibles están los que han amado a la Humanidad: más arriba... más arriba, en la región de las nubes surge San Francisco de Assis, y más alto, más alto, en lo inaccesible, en lo infinito, Jesús!!

(Grandes aplausos).

El otro aspecto esencial de la fisonomía de Nervo, fuera del aspecto místico, es el aspecto amoroso.

He dicho que "Perlas Negras" fueron su primera colección de poesías. En ella aparece el poeta sentimental. Es como Gutiérrez Nájera; bajo la influencia de Gutiérrez Nájera, el poeta de ensueños vagos, de imaginación diluyente y de musicalidad difusa.

Los versos eróticos de Nervo, excepción hecha de dos o tres, son, como él los ha definido, "dolientes, nobles y castos". ;Tenía tan alta idea de la mujer! Nos ha dicho en "Plenitud" que ella encierra el secreto de la vida. La amaba así; noblemente, dolientemente, castamente. Pero no sólo es interesante el amor en Nervo, como motivo de inspiración literaria, sino principalmente como parte esencial de su vida. El supo amar!; gustó del placer divino.

Ha dicho un biógrafo suyo que cuando se encontró con el amor se entregó a él totalmente. El poema de Ana María es verdad; "era llena de gracia", y no la pudo jamás olvidar. Se amaron profundamente. Con dejo de profunda tristeza decía Nervo que no había conocido una mujer de espíritu más alto y de corazón más bondadoso, de corazón más tierno. Ana María tuvo el presentimiento de que iba a morir y entonces extremó su amor para el poeta, extremó su ternura:

Ella presentía que era corto el plazo;
que la vela, herida por el latigazo
del viento, aguardaba ya, y en su ansiedad,
quería dejarme su alma en cada abrazo,
poner en sus besos una eternidad.

Y Ana María se fue, dejando el alma del poeta impregnada de inolvidable perfume; Nervo con su dolor amasó sus mejores poemas. En la poesía elegíaca de todos los tiempos han de figurar esos versos como ejemplo de hondura en el sentimiento y de persistencia e idealismo en el recuerdo.

El poeta espera ansiosamente un hálito, un sonido, un beso de su amada: y evidencia, con desolación infinita, que detrás de la tumba no hay sino silencio. Y hoy él ha muerto. con la imaginación de Brook, podíamos pensar que los átomos de polvo que son ella y los átomos de polvo que serán él, en

caminos invisibles vuelvan a encontrarse y renovarán su idioma en la eternidad y bajo lo infinito...

(*Aplausos*).

El poeta después de aquel inmenso dolor, fiel a su amada, renunció tal vez a rehacer su vida por una nueva pasión. En tal caso no tendría valor de dato biográfico el primer poema de "El Estanque de los Lotos". Pero el alma de Nervo ávida de cariño, buscó siempre los corazones delicados y comprensivos de las mujeres.

Es evidente que ella evolucionó, respecto del amor, en el sentido de la ternura. No le abrasaba el fuego de la pasión única, pero sí gustaba el tibio calor del afecto femenino. Nadie, como él, comprendió los tesoros que encierra el alma de la mujer. Los hombres, me decía alguna vez, adoptan siempre respecto de las mujeres una actitud de conquista, de dominación, de triunfo, y, por eso, no llegan a ser nunca amigos ni hermanos de las mujeres, y no descubren el fondo de ternura, de desinterés y de verdad, que hay en ellas. El, sí, lo descubrió. No se jactaba de ser conquistador en el vulgar sentido de la palabra; su complacencia consistía en sembrar afectos, en captarse simpatías. Como la abeja que liba en cada flor la miel más dulce, él, verdadero enamorado de almas, iba recogiendo lo mejor de cada una de ellas y se embriagaba de ternura.

Así su amor no se restringía sino que se ampliaba; no estaba encadenado a la carne, sino que, libre de ella, vivía solo por el espíritu, y para el espíritu. Como en la mayor parte de los casos las fases del espíritu de Nervo, están reflejadas, de un modo insuperable, en sus versos:

Ansío ternuras castas y cordiales,
dulces e indulgentes rostros compasivos,
manos tibias, tibias manos fraternales,
ojos claros, claros ojos pensativos.

Ansío regazos que a entibiar empiecen
mis otoños. Almas que con mi alma oren;
labios virginales que conmigo recen,
diáfanas pupilas que conmigo lloren.

Digamos ahora, algunas palabras sobre la vida general de Nervo. Lo que caracteriza a este hombre extraordinario es la

ecuación absoluta entre el pesamiento y la conducta, entre el arte y la vida. ¡Qué desgarradora tragedia la que nos presentan los hombres que tocados por la luz del ideal y de la belleza, no conservan en su conducta y en su acción aquel ritmo supremo, aquella armonía que deseáramos por ellos y por nosotros!

¡Cómo vemos diariamente que el ideal que se predica, no es el ideal que se sigue! ¡Cómo el poeta delicado suele ser un hombre egoísta y vulgar! Muchas veces se canta no lo que se es y lo que se tiene, sino lo que se desea con nostalgia impotente!

Pero en Nervo, no sucedió esto; lo que él sintió para decirlo, lo sintió, porque lo vivía; su expresión, así, tiene aquella inconfundible intensidad que viene de las raíces profundas del propio ser; su poesía está hecha de vida; está amasada con sangre o con lágrimas que brotan del corazón, y que llevaban el sello indeleble de la realidad. Así descubrió y realizó la armonía entre la verdad y la belleza:

He de ser bueno en nombre de la Belleza,
del ritmo y la armonía que hay en ser bueno.

Su alma era generosa; sabía sentir la admiración entusiasta; no tenía aquella emulación profesional que resta méritos, que opaca cualidades y que observa muchas veces silencios hostiles y menguados.

En su lecho de dolor, le hablé alguna vez de Chocano, el gran poeta de mi patria; y, entonces, el enfermo se incorporó diciéndome: "Chocano, ¡qué gran poeta! Madre Andaluéa, Caja de Alegría!" Y recitó, con su voz llena de ternura, con calor de amigo y hermano tres estancias de la hermosa composición "Pandereta", del poeta peruano.

Era, además, Nervo, un hombre de una sensibilidad exquisita y de una piedad ilimitada. El escritor humorista sabía condenar el mal, pero ignoraba el arte morboso de hacer daño. La persona humana era intangible para él. No hubiera herido a una mujer ni "con pétalos de rosa", ni a un hombre con la más leve punzada. El poeta sonriente, que era al mismo tiempo un filósofo irónico, supo burlarse de las con-

tradiecciones y de los errores humanos; pero nunca enfocó su crítica para empañar un alma o hacer sufrir un corazón.

Pero, ¿acaso, porque era sensible y dulce, era un sér débil, sin voluntad, sin acometividad? No, por cierto, aquella dulzura se adunaba con una voluntad férrea. Ha dicho muy bien Luis Urbina que su vida fue un despliegue prodigioso de energía.

Su éxito literario se debió, no sólo a su talento sino a su voluntad.

Aquel espíritu evangélico, sabía sentir la santa indignación ante el mal y la injusticia. Recuerdo que cuando se hablaba de su patria, y de algunos atropellos cometidos en América, aquel hombre dulce y bueno, se inflamaba en cólera santa, en ira divina...

(Grandes aplausos).

Y, así, apacible y silencioso, pero fuerte, el poeta fué envejeciendo.

Nos ha revelado en una de sus poesías, cual debería ser su Otoño:

Envejecer, envejecer... con una
alma inmortal que crece cada día
en ardor y terneza: luz de luna,
lumbre de sol; viril como ninguna;
más... templada por la melancolía.

Pudo llegar al Otoño porque la fuerza espiritual se oponía a las deficiencias de la carne y a las miserias del cuerpo. Su vida en los últimos años, ha sido el prodigio de las energías morales.

Enjuto y magro, se movía, se agitaba, hablaba, brillaban sus ojos, produciendo la sensación de una portentosa vitalidad. Y era apenas una débil armazón que sostenía una mirada fugurante y dulce. Era la caña que piensa de Pascal.

Los datos de la ciencia pronosticaban para él un próximo fin; mas por el milagro de su espíritu hasta nos sorprendió el instante de su muerte. En treinta años, me dijo, no he pasado un día sin dolor. En su lecho de muerte, sufría víctima de una constante fatiga, y atenazado por crueles dolores, y, sin embargo, brillaban sus ojos, vibraba su cutis, y el gesto era siempre animado y expresivo.

Un amigo íntimo suyo, decía: "No se va a morir; no tiene la facies de los muertos". La Muerte estaba próxima, y, ¿por qué no tenía la facies de la muerte? Porque sus ojos conservan un vivo fulgor, en sus ojos se aferraba de una extraña y potente belleza todo su espíritu!

La vecindad de la muerte agiganta las cualidades de la vida. Las almas grandes en el instante supremo, se presentan como en relieve. Las cualidades de Nervo: la gentileza, la piedad y la caridad, se avivaron y se enaltecieron con su enfermedad y con la proximidad de su ocaso.

No pensaba sino en ser afectuoso. Con sus manos trémulas contestaba las cartas que recibía; y escribía las dedicatorias en los libros que obsequiaba a los amigos que iban a visitarlo y a acompañarlo; quería devolver halagos con halagos, gentilezas con gentilezas; frases de amor para todos; palabras de ternura para la niña que como un rayo de sol fué a visitarlo; flores para las damas que le brindaron alguna atención. Así, fué extinguiéndose esta vida, serenamente, plácidamente. Sus ojos comenzaron a abismarse en la contemplación de lontananzas misteriosas. Ni un gesto, ni una mueca terrible ¡la esperada mueca!

Momentos antes de entrar en agonía dijo a su enfermero: "Tengo pena de que se mortifique". "Señor", fué su última palabra.

Sus manos rígidas estrechaban la imagen del Cristo amado. En su mirada fija había un ensueño; en sus labios se dibujó una sonrisa, una sonrisa de bondad. El poeta llegó así, "a la montaña augusta de la serenidad". La Muerte, le ha revelado ya el gran secreto; y ahora, nosotros, le decimos: Padre, Maestro, Hermano, no te lleves tu fe. Tenemos nosotros un ideal como tú; llevamos en nuestras manos vacilantes la llama que rachas oscuras quieran apagar; el camino es largo y nos rodean las sombras. Déjanos tu fe; Padre, Maestro, Hermano, déjanos tu amor. Queremos tu fuego. En esta tierra de América, sobre los territorios se levantan las fronteras y también se levantan sobre las almas. Necesitamos justicia y paz entre las patrias y entre los hombres: Padre, Maestro, Hermano, no te lleves tu amor!

(Estruendosa salva de aplausos).

Serenidad

Salía de contemplar por última vez la noble testa del poeta reclinada sobre el mortuario cabezal. A la luz de las lámparas, tamizada por crespones violetas, destacábase la demacrada faz en cuyos rasgos los dedos de la eterna Escultora que invocara una de sus estrofas, imprimieran el sello de una serenidad definitiva. Como la efigie misma de la serenidad, tallada en pálido alabastro, era la yacente cabeza del poeta. De la serenidad que cantó en sus versos y deseó como el bien más codiciable de la vida. Hasta que, coincidiendo en esto con los místicos de todas las épocas, llegó a pensar que ella es una flor de maravilla que abre su cáliz en las alturas solitarias, a donde se sube trepando la árdua cuesta del renunciamiento. Y celebró, entonces, como el signo de la liberación suprema, a la paz que se gana desnudando el alma de deseos y de ambiciones, desasiéndola de las cosas y de los goces del mundo. Rimó estrofas a la soledad, en cuyo seno baja a herir el centro de las almas, como el resplandor de una remota estrella, el presentimiento de una presencia divina oculta tras el velo de ilusión que forma la trama de los cosas y de los fenómenos. Alzó himnos al dolor, que temple en su fragua incandescente el metal de las almas. Ensalzó, finalmente, a la muerte.

Pero no siempre paladeó sabor de cenizas al gustar los frutos del árbol de la vida. Amó también, con intenso ardor, a la humana belleza. Hay fuego de sensualidad, languidez de sensualidad, alegría y tristeza, alternativamente, de sensualidad, en su lirismo. Voces de amor, de deseo, de inefable anhelo, resuenan confundidas en sus versos. En esa complejidad radica la individual originalidad de su obra poética. Novalis, cuyo nombre se enlaza ahora en mi memoria al de Amado Nervo, explica esto: “la idea más sólida, más indivi-

dual y más excitante, es aquella en que se entrecruzan y tocan un número mayor de pensamientos, de mundos, y de estados de alma''.

La poesía de Amado Nervo no es serena. Es demasiado densa de ideas, lleva en sí, dolorosamente, demasiado contradicciones no resueltas. Ni serenidad, ni optimismo; pero aceptación sumisa de la ley de la vida, dulzura resignada y bondadosa. Este es el sentimiento que su misticismo (un tanto vago, por lo demás, un tanto impreciso y cuya expresión plantea por momentos perturbadores problemas de sinceridad mental), aplica como una venda sobre las heridas cruentas abiertas por la vida.

Cada día ansiaba con más fuerza enclaustrarse en su mundo interior. Cerró voluntariamente los ojos al espectáculo de la inmensa tragedia que remueve hasta en sus más insondables profundidades el espíritu del mundo. Si describía un paisaje, pronto volvía alma adentro su atención. En el lento volar de los copos de nieve, descendiendo ingrátidos y silenciosos; en la noche; en el océano; en el pasaje de la nube; en el cuadro que componen al partir las barcas pescadoras sobre el mar de Bretaña... en todos los espectáculos y en todos los paisajes, que lo inspiraban, asistía sólo al despertar de la nueva emoción que enriquecía su tesoro interior. La mirada del poeta transfigura los paisajes. Las "lágrimas de las cosas" están en los ojos empañados que las miran. La poesía de Amado Nervo, desceñida y ondulante, no es plástica y pintoresca, sino íntima y blandamente musical.

Quiso ser más que un artífice. Tuvo el sentido del misterio. Su poesía fluye muchas veces de un alma sobrecogida por los problemas esenciales del destino humano. Por eso, a vuelta de algunas notas falsas, hay en ella delicadas intuiciones, atisbos y presentimientos, muchas notas cristalinas de límpida poesía. Prendida a la tierra por ávidas y fuertes raíces, poblada de alados pensamientos y copiosamente florecida, se alza su obra; pero a ratos sentimos al mirarla, que por su vértice, como por el de aquel grande eucalipto de Menton que Guyau ensimismado en sus filosóficas meditaciones contemplaba destacándose sobre la púrpura crepuscular, pasa dejando un estremecimiento, un viento que sopla de los espacios profundos, de las sagradas lejanías...

Así pensaba cuando volvía de contemplar por última vez

la noble testa del poeta, su faz que a la luz de las lámparas atenuada por enlutados crespones, era como la efigie misma de la Serenidad tallada en pálido alabastro por los dedos de la eterna escultora que invocara en una de sus poesías, de la muerte.

GUSTAVO GALLINAL.

Amado Nervo

El día siguiente al de la muerte pertenece al dolor y no a la justicia. Con los ojos arrasados en lágrimas, no medimos sino el vacío que dejan los seres amados, y que al desaparecer en la sombra, parece que arrancaran y llevaran con ellos algo de nuestro corazón. Existimos en las cosas que alientan nuestra ilusión y morimos con ella. Por eso, en los poetas de nuestra juventud vive, como en el amor sentido de la hora primera, lo mejor de nuestro espíritu.

Ellos que crean nuestro mundo íntimo, que nos dan el verso alado para el grito del dolor herido, que prestan a la pasión y al sollozo la forma melodiosa, y por lo tanto eterna, que nos revelan las cosas divinas que existen en nuestras "moradas" interiores, y por su colaboración espiritual realizan la visión iluminada del universo que forma en nosotros ese día interior que llamamos la vida, no pueden desvanecerse en el misterio, sin dejar de herirnos con el ala de la muerte.

En la tumba recién abierta de Amado Nervo, algo de nosotros muere en él.

Es que existían desde luego afinidades perceptibles entre la sensibilidad armoniosa de su alma, y esta sed y este ardor de nuestros corazones, y por eso representaba tal vez una de las formas de percepción estética más aguzada y moderna, más ágil para darnos la interpretación espiritualizada y armoniosa del mundo de las ideas y de las cosas, que cada generación humana concibe y realiza, y de la cual son los poetas el instrumento inconsciente en la vida social.

Acaso al desvanecerse en la corriente caudalosa de la propia vida en su fluir eterno hacia nuevas formas de cultura, este estado espiritual que corresponde a los días que van desde el crepúsculo del siglo XIX, al advenimiento de la nueva era humana, que se inicia tras de la guerra formidable, nue-

Los sueños de arte, o desconocidas inquietudes de ideal turben el alma de las generaciones que se aprestan en la sombra silenciosa para recoger de nuestras manos temblorosas la antorcha de la luz inmortal.

Yo no sé si entonces serán sus versos sentidos como ahora. Si su poesía será también la linfa refrescante del desierto, donde irán a abreviar las caravanas de los sedientos peregrinos de amor, o si de sus espejos encantados ha de brotar la perla maravillosa para los que se inclinan en sus cristales trémulos buscadores de una fe, de una esperanza o de un ideal.

Burlando el miraje engañoso y falso de la gloria, quizá sólo perdure el libro "breve y precioso" de arte puro, que a ser rico hubiera deseado escribir, la pocas rimas frágiles que por su contenido universal son capaces de aprisionar un eco perdurable del dolor humano, esos instantes únicos, — en que un hombre resume toda la humanidad.

Pero, ¿qué importa la gloria, el recuerdo trémulo en la memoria de los vivos, que llega apenas como el eco estremecido de una onda, desde las playas remotas de la muerte? ¿Qué importa la gloria, cuando el alma dió su fruto, como el árbol en flor, y en el surco oscuro cayó la mies fecunda y de sus espigas trémulas se difundió la vida? ¿Qué importa la gloria — ¡oh poeta que duermes! — si tus versos se encendieron en las almas, si tu poesía fué vibración en los corazones, si tus sueños crearon otros sueños, si tu lámpara trémula en la noche, nos dió su luz?

J. C. GÓMEZ HAEDO.

A Amado Nervo

Glosa

Todo en él admiraba... Todo en él florecía...
su bondad, su talento, su vivir, su anhelar.
Era hermano de aquella Santa Melancolía.
La palabra de Cristo de su verso fluía...
Quien la oyó, no la pudo ya jamás olvidar!

Sereno como el mármol, radioso como el día,
tolerante tan sólo como su alma sin par;
tocado por su mano todo se ennoblecía!
La palabra de Cristo de su verso fluía...
quien la oyó, no la pudo ya jamás olvidar!

La visión de una vida más buena lo atraía
hacia un reino sin noches que nos vino a anunciar...
Más que poeta, Nervo, un santo parecía...
La palabra de Cristo de su verso fluía...
quien la oyó, no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé la fortuna de encontrarlo en mi ría
romántica. Por él mi barquilla lunar
tuvo al fin una vela blanca de poesía...
La palabra de Cristo de su verso fluía...
quien la oyó, no la pudo ya jamás olvidar!

Cuán poco le tuvimos con nosotros: ¡un día!
Ojos tan buenos nunca se debieran cerrar...
La palabra de Cristo de su verso fluía...
y al volver a la frente de Cristo, sonreía
cual sonríen los astros en las calmas del mar!

YAMANDÚ RODRÍGUEZ.

Amado Nervo

Al terminar el pasado siglo un fuerte renacer anima el viejo jugo del ingenio español que, luego del lustre vivaz de la edad de oro, cuyo lucimiento deslumbra aún, se agostaba con los literatos jactanciosos del siglo XIX. retóricos más que artistas y poetas de endémica inspiración. Las baldías declamaciones de Balart, el verso-prosa de Campoamor, los arrebatos artificiales de Rueda, el romanticismo de Núñez de Arce, el ciencismo de Bartrina, apagaban el genio de una muy noble literatura que debiera haber vivido eternamente joven. El alma parecía distante de las palabras. Las odas marciales destemplaban el aire con inflados patriotismos y el clásico octosílabo de los romances sonaba pobremente, como en las manos de un lazarillo, el órgano.

Pero la arcaica raza de la Península, que funde en sus arterias la bizarría visigótica y el vívido fantaseo de los árabes habría de reavivar, en las últimas décadas — por labios de los poetas hispanoamericanos — la llama espiritual de la Belleza.

Agitados por la nervosidad a veces histérica más sin duda fecundante del decadentismo francés; vueltos los ojos hacia la límpida poesía de los primeros aedas, caros a los dioses, que tenían del mar la voz estruendosa y del amor pagano la gracia juvenil, remozaron, los nuevos cantores, con ese doble aliento de dinamismo galo y de lozanía griega, el tronco multiseccular de la poética castellana. La rigidez en los metros, el tímido recato en las imágenes, el sarro que recubre el interno sentimiento, desaparecen ante la juventud de los ideales, transparentada por la diafanidad del vocablo. La poesía se hace sabia e integral al reunir en sus ritmos el aporte de las otras artes. La pintura le cede su paleta irisada; el arte escultórico, que subyuga al mármol sonámbulo y a la piedra indócil, el cincel creador; la cerámica, la ondulante gracia que sonríe en los vasos de alto cuello; la antigua danza sagrada,

el vaivén armonioso; sus lápices de colores, la decoración. Y la lengua se torna pintoresca para trasmitir esas lumbrosas sensaciones de arte o ágil y sutil para irradiar el neo-misticismo de aquellos otros poetas que evocando a Plotino o al San Agustín de los éxtasis, hablan con palabras menos visibles, y por lo mismo, más aladas.

De ahí que existan, en la naciente generación, los ilustres orífices a la manera de Florencia, los que prenden en las palabras los élitros temblorosos de la música, y los que reviven el sonoro idioma de Góngora y Quevedo, el cual, recobra entonces su oriundo esplendor como esas panoplias orinecidas, descolgadas de los muros hidalgos, que en hombros del flamante caballero reciben el bautismo de armas del solnaciente.

Y entre el turbión de inspirados, nacidos en América, junto a Rubén Darío, el poeta preclaro que timbró los ritmos y que machacó las palabras, como el Hefáistos mítico, para transfundirles el heroísmo de los broncees o la belleza imperecedera de las cariátides; a Leopoldo Lugones, que en "Las Montañas de Oro", lleno de las ínfulas de Hugo, hizo temblar la tierra donde flamearan las hogueras de nuestros caciques aborígenes; a Santos Chocano, fuerte y rebelde, al igual de esos altivos cóndores que azotan el viento con sus alones atléticos; a Ricardo Jaimes Freire, de un esclarecido abolengo literario; floreció Amado Nervo "el poeta de esfigie rasurada, clara y triste, de faz de alta luna y de Corazón de Jesús", como alguien, unciosamente, dijera; el poeta de tono menor, por la disminuída y confidente entonación, mas de una sonora armonía, tanto al echarse en hombros el alado sayal del místico como al fermentar en sus venas las anémomas de un sensualismo mundano y oloroso.

Una ráfaga de inmaterialidad estremece las estancias de Nervo. Sus voces son leves e insinuantes, y tienen la trémula indeterminación de lo surgido en lo subconsciente. El alma rebosa en sus libros como el mosto opreso en los toneles. Se adivinan en las oscuras resonancias de su palabra cosas admirables e indefinidas que hace tiempo nos hubiéramos dicho de haber encontrado el secreto de expresarlas. Esta poesía ansiosa y fluctuante parece anunciar el advenimiento de una era de universal simpatía, donde los hombres — menos ignorados los unos de los otros — abran las puertas de su celda interior estableciéndose, entre todos, una fuerte afinidad psíquica que

es compenetre, a la manera de la osmosis y de la endósmosis en el dominio de las substancias. Por ello, al traspasar los umbrales de este espíritu poético, creemos percibir las palabras impalpables de Maeterlinck, el taumaturgo: la humanidad está a punto de levantar el pesado fardo de la materia, pues el alma, obedeciendo a leyes desconocidas, remonta a la superficie manifestando directamente su existencia y poder.

Ocioso es señalar, luego de lo dicho, que Nervo es un poeta subjetivo, ensimismado en el mundo de los afectos y de las supremas preguntas, y cuyo eterno asunto es el del corazón herido por el amor o tembloroso ante el destino. Mas cabe distinguir que el subjetivismo del inspirado, — cuyo comentario hacemos, — no es el moderno, y sin duda más suave, que transubstancia el alma del sensitivo en el paisaje para evocar en un aparente silencio, por la voz de la Naturaleza, el inefable sentido de la vida, sino aquel tradicional de Maupassant y de Fray Luis, que busca derechamente la propia individualidad y analiza las inquietudes psicológicas con el celo tenaz de un químico ensayando precipitados en el cristal de la retorta. Tanto en los versos de “Místicas”, llenos de unciosa penumbra, como en los últimos cantos balbuceados entre los muros de su vivienda, se introspecciona lejos del externo bullicio, esforzándose por asir el Enigma, que, engañoso y sutil siempre, se escurre de sus manos febriles, dejándole en el ánimo, ora un sahumo de dolorosa incertidumbre, ora la luz vacilante de una alegría presentida.

Sin la devoción de Darío por el paganismo — tan sólo dos o tres sonetos: “El Viejo Sátiro”, “Las Sirenas”, “La Flauta de Pan”, se advierten en su obra — Nervo se abreva en aquellos otros siglos religiosos en que obsesiona a los hombres la preocupación de la vida y la curiosidad por la muerte. Su anhelo de cultos exóticos, su alucinación ante las esfinges y ante las esbeltas catedrales del medioevo, de lanceoladas vidrieras, le llevaron a creer en la trasmigración de su espíritu, el cual, después de haber adorado en el cuerpo de un sacerdote egipcio al dios Osiris, el de las astas de buey, y besado con los labios del monje las mejillas desangradas de un nazareno crisolefantino, hubiera encendido la llama de vida de su presente envoltura terrena. No tuvo tampoco el sonoro énfasis del nicaragüense, cuyos versos suelen, como en “Marcha Triunfal” y “Cyrano en España”, ondular con la

gallardía del airón de un yelmo. Poeta de paz que hablara en voz baja para que mejor le oyeran los muertos, poeta de las perlas negras que irradian en lo hondo de los abismos internos, de la serenidad del ánimo y de la elevación en sus profundas miradas, parecía agitarse más que ningún otro de sus contemporáneos en la efervescencia mística y en la ignorancia de nuestro camino futuro.

Pero, el misticismo de Nervo, trasunto de una intensa espiritualidad y del deseo de meditar sosegadamente como los "catadores de silencio" de las cartujas, dista mucho de las vocaciones religiosas. En sus horas de negación, de duda o de fe — momentos que integran la trinidad del sentir humano frente al más allá — su pensamiento aletea vigoroso, libre siempre de la atmósfera plebeya de los cultos oficiales. Fué su índole afable y acaso el fresco alborozo de los días lúcidos — que, con su varilla de luz encendieran su flauta de soñador — los que hicieron germinar en su cantos, la dorada serenidad y el optimismo bellamento impreciso de su época madura, aunque a veces, al darle líneas visibles, evocara la imagen flotante del Jesús del Lago de Tiberíades.

Amado Nervo, sin embargo, no siempre mantiene sus vuelos en las encumbradas zonas del espíritu. Alterna su noble poesía con muchos versos frívolos y vacíos — tal los de "Rimas Irónicas y Cortesanas" — impropios de un poeta anheloso por sondear las inquietudes del alma y, sobre todo, que escribe en sazónada plenitud. Y es también censurable que en sus momentos, aunque fugaces, de objetividad, se empeñara en seguir las sendas de un ajado localismo parisiense en vez de encaminar sus dotes de pintor accidental hacia los vírgenes misterios de su país nativo, tan lleno de históricas reminiscencias y de índicas bellezas ignoradas.

La abierta filosofía de Nervo, que no limosnea dádivas por sus actos buenos, se condensa en aquella hermosa composición "No me mueve mi Dios para quererte"... inspirada en un clásico soneto de Santa Teresa:

* *
* *

Señor, sin esperanza de un bien terreno
ni celeste, sin miedo de tu grandeza,
he de ser bueno, en nombre de la belleza,
del ritmo y la armonía que hay en ser bueno.

Y quiero estar sereno, siempre sereno,
como la santa madre naturaleza
en las tardes de otoño, con la realeza
de un mar que late en calma como un gran seno.

Y quiero amarte sobre seres y cosas,
porque de las criaturas esplendorosas
eres el Arquetipo y el Soberano;
¡ porque encarnas en todas las mujeres hermosas,
porque enciendes los astros y perfumas las rosas
y dilatas la hondura del rebelde oceano!

Su concepto del nazareno, subjetivo e inmaterial, tan alejado del católico — que entroniza al apóstol entre las nubes y los arcángeles mofletudos de las estampas sagradas — se vislumbra, más que en otro alguno, en el intitulado “Jesús”:

Jesús no vino al mundo “de los cielos”.
Vino del propio fondo de las almas;
de donde anida el yo; de las regiones
internas del Espíritu.

¿ Por qué buscarle encima de las nubes?
Las nubes no son tronos de los dioses.
¿ Por qué buscarle en los candentes astros?
Llamas son como el sol que nos alumbra,
orbes de gases inflamados... Llamas
no más.

Jesús vino de donde
vienen los pensamientos más profundos
y el más remoto instinto.

No descendió: emergió del oceano
sin fin del subconsciente;
volvió a él y ahí está, sereno y puro.

La nerviosa titilación del alma, ávida de eternidad, se acen-
túa en el llamado “Sed”:

Inútil la fiebre que aviva tu paso;
no hay fuente que pueda saciar tu ansiedad
por mucho que bebas...

El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad.

¡Qué mísero eres! Basta un soplo frío
para helarte... Cables en un ataúd;
¡y en cambio a tus vuelos es corto el vacío,
y la luz muy tarda para tu inquietud!

¡Quién pudo esconderte, misteriosa esencia,
entre las paredes de un vil cráneo? ¿quién
es el carcelero que con la existencia
te cortó las alas? ¿Por qué tu conciencia
si es luz de una hora, quiere el sumo BIEN?

Displicente marchas del orto al ocaso;
no hay fuente que pueda saciar tu ansiedad
por mucho que bebas.... ¡El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad!

Y de la manera cómo las estrofas de Vigny, el livido poeta del "Moisés", encarnaron el sombrío desencanto de nuestros abuelos románticos, tal vez la frente marfileña del cantor de "Plenitud" simbolice, en el rodar del tiempo, la orientación sin dogmatismos pero espiritual, de los principios de este nuevo siglo.

Pensamos, no obstante, que por encima de su aérea filosofía que tuviera a veces la prístina limpidez de Marco Aurelio y de las divagaciones cosmogónicas donde su imaginación exacerbada descompone las nébulas y ahonda los astrales abismos, fué grande, más que todo, Amado Nervo, por la fluvial transparencia de su alma de cuyo fondo brotaban claras las palabras como el agua templada y burbollante que llega desde muy hondo de la tierra.

Y era también amado, este poeta, porque tuvo una dulce y señorial indulgencia; cierta melancólica bondad monástica bien que limpia de austeras disciplinas; y un renovado y luciente amor, el cual, exaltando la mocedad de su corazón, le hacía perseguir, ya en los lindes de su vida, el enigma de las doncellas, de nobles rizos, y la frescura de las rapazas, de albas mejillas, con el vivo y sagrado entusiasmo de un poseído por la fiebre eterna de la Belleza.

ANDRÉS H. LERENA ACEVEDO.

Amado Nervo

Del doctor José Pedro Segundo

Señores:

Con las manos todavía cálidas por la fragorosa ovación de la recepción en homenaje de Amado Nervo celebrada por el Ateneo, con el alma vibrante en la fruición estética con que esa noche él quiso regalar a la sociedad toda de esta Capital, debemos buscar inopinadamente en los arcones familiares el crespón de los grandes dolores inconsolables y fraternos, mientras las fuerzas de la Nación rinden honores militares y las banderas de la Patria se abaten enlutadas al paso del fúnebre cortejo! Ha muerto un gran poeta: Amado Nervo ha muerto! Y esta pena sin par no es el duelo de un gremio, ni el de una corporación, ni el de la nativa nacionalidad: es el duelo de todo el continente, el duelo "de diez y ocho Repúblicas y cincuenta millones de seres", de origen español, que otrora hablaron por su voz en el "Epitalamio" del Rey Adolescente.

Ignoro que pueda decirse en justicia que Amado Nervo fuese, en la actualidad y entre los bardos que aún alientan, el primer poeta de América; pero sobre lo que no cabe dudar y debe proclamarse sin recatos, es que en la pléyade de autores, ya consagrados por el voto continental, del Méjico contemporáneo, como Othón, Tablada, Mirón, Urbina y González Martínez, entre los más salientes, — nuestro gran muerto era uno de los más altos, de intimidad más anhelosa y penetrante y, sin disputa, el más universalmente amado y difundido por tierras de España y América. En este sentido, y aunque él no estuvo sino en contadas regiones fuera del terruño natal, — por el conocimiento de su obra, en aquellas

comarcas era de tiempo poeta familiar y querido, por manera que el aleve designio que nos lo sustrae en esta hora improvisa a nuestro agasajo y afecciones, sepulta en junto con su cuerpo mortal un ancho trozo transverberado de nuestro propio corazón!

Formado en la escuela del gran Nicaragüense, ahora, también perdido para nuestros arrobos de afecto personal, y acaso tras las huellas de aquel Gutiérrez Najera, paisano suyo y que fué el primero en la faena de la total renovación.—a pesar de su castizo origen. Nervo llevó en buena hora los labios ávidos a las surgentes de la Francia finisecular; y por ahí se alzó, por el doble resorte de su voluntad y su talento, desde el oscuro círculo provinciano, hasta la gloria transoceánica y continental... Mas como dió en la flor de buscarse a sí mismo por medio de los otros, su obra mi es un remedo, ni exhibe parentescos lesivos de su originalidad: adorno es leve y suave, a veces caprichoso, a veces relabrado, de ondulante sugestión y misterio. sin exaltaciones ni desplantes. donde él virtió, después de serenarlos en la alquitara de su inteligencia, los zumos de su pensar y su vivir: esa inefable mezcla de sabiduría y de simplicidad, de sensualidad ideal y misticismo teosófico, de efusión anhelosa y pena contenida, —realzándolo todo en la inquietud sensible de lo trascendental que nunca halló sosiego en su conciencia, por modo tan sutil, tan sugerente y grácil que se adapta como ninguno a nuestra tremulante sensibilidad; y por eso, tal vez, más que a otra causa, se debe que le levantemos sobre otras representaciones igualmente gloriosas de la nueva poesía hispano-americana.

¡Pero no es el poeta, en realidad tan noble y alto, y que perdurará por su obra, lo que irremisiblemente se pierde en este oscuro trance, sino el ente social, el hombre de llaneza y amor, que apenas arribado al país comenzamos a amar con tan vivo embeleso. Era un cautivador: como nadie, tenía ese poder de sugestión que se impone instantáneamente por medios más eficaces que la reflexión y el análisis; y a poco que le hubiéramos oído o tratado, nos ataba del alma para su corazón. De joven ya era esto: no hay más que referirse a los remotos tiempos en que Luis G. Urbina le conoció a la puerta del periódico "El Partido Liberal" de la metrópoli mejicana: "sumamente simpático" e "interesantísimo", con un alma de niño, alternativamente tímido y expansivo.

Después fué siempre así hasta la última hora: un gran perdón, un inenarrable encanto, una bondad inexhausta, una suprema y pulcra santidad, sin mezcla alguna de amañeo perverso ni anticipado cálculo; de modo que apareando su superioridad artística a esta dulce y prístina realeza personal, pudo gozar en todas partes y últimamente en nuestro medio, la emérita satisfacción del encumbramiento legítimo, en hombros de su bonhomía individual, de su hidalga llaneza y los quilates de su mérito estético.

No he de ser yo quien niegue en las exequias de un gran poeta que fué un gran diplomático, y concurridas por afluencia por tan conspicuos representantes de países amigos, la necesidad y eficiencia de la diplomacia como instrumento de relación y sistema de prevenir los conflictos internacionales. Pero podrá decirse con verdad que aún más que las tramitaciones de las cancillerías y los requilorios protocolares, la gran función de la aproximación real de afectos y voluntades entre todos los pueblos de la tierra será la obra de las altas representaciones intelectuales de la humanidad, que, levantando unos y otras a la esfera de los valores espirituales, sellará las alianzas de los hombres en una unánime comunión por el arte, la ciencia, la justicia y el bien! Nervo tenía en este concepto su primera y más irresistible credencial; y por eso, antes que un gestor taimado de los intereses de su pueblo, él fué un gran manirroto de los frutos de su ingenio y de su personalidad.

Bien puede reposar, siquiera sea un breve lapso, en tierra uruguaya el gran poeta de "Serenidad" y "En voz baja", acaso reclinado en la misma fosa y lugar, labrados en roca del terruño, para José Enrique Rodó, muerto también en lueñas soledades! Y si no nos fué dado recibir, desgarrados y en lágrimas, en nuestro turbado regazo la cabeza ya exánime, de nuestro alto patricio, para infundirle, con nuestro afecto, las fiebres de una imposible reanimación, la fatalidad torpe y ciega que hoy pone a un pueblo hermano ante una idéntica y brutal desolación, encuentra en nuestra alma apego y reverencia para su gran desdicha; pero si es, en justicia, caridad de amor y hermandad desgarrada y solidaria lo que reclama Méjico, búsquelos Méjico que hallará en nuestra entraña, por la vía aún sangrante de nuestra enorme herida que no tendrá consuelo, el aliento de las supremas desventuras y

las voces, a un tiempo mismo vanas y tremendas, con que los nobles pueblos se querellan contra el hado cruel!

En nombre de la Universidad de Montevideo, en el de las autoridades directivas de la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria de la misma institución, y en el mío personal, dejo todas las rosas de este otoño sobre la tumba de Amado Nervo!

Amado Nervo ⁽¹⁾

Ha muerto en salud lírica este sereno poeta, cuya alma familiar se derramó generosa sobre todas las almas.

Ha muerto en salud lírica este sereno poeta que vivió en ilusión, al borde de la fuente, en cuyo cristal tranquilo vió reflejarse la luz de la estrella, el vuelo del ave, la profundidad celeste, el rizo de la nube, la rosa del alba y la violeta del crepúsculo.

Ha muerto en salud lírica este poeta panteísta, hermano del agua, hermano de la hierba, hermano de la flor y del pájaro también hermano.

Su muerte fué el último milagro de su vida.

Se evaporó como un rocío, sencillamente, con las primeras luces de la mañana, lleno de sol interior, y con el sol por sudario.

Fué su muerte la póstuma elegía, elegía sin palabras, rimada con los ojos que se cierran, con los labios que enmudecen, con la frente heroica lívida de eternidades.

Fué la última elegía, esa que todos comprenden porque tiene la elocuencia de una lágrima, la emoción de un sollozo, la confidencia de un latido...

Así acabó Amado Nervo, buenamente, su último poema, el amparo de su numen, que fué un numen de América.

El Uruguay, que lo acogiera la víspera como a un hermano, le rinde hoy funerales de héroe.

Ya nada significan para nosotros las palmas de oro del plenipotenciario, — que un metal más noble fundimos para la apoteosis del poeta, un metal más puro, un metal más eterno: el bronce de las consagraciones definitivas.

Ya nada significa para nosotros su credencial de Ministro,

(1) Discurso pronunciado en el sepulcro del Poeta.

que otra más alta credencial lo acredita ante los pueblos del Continente: la credencial de su genio.

Por eso nosotros le ofrecemos este homenaje único, no al plenipotenciario de un país amigo, no al diplomático que viniera hacia estas playas con carta autógrafa y espadín, con sombrero de pluma y casaca bordada, sino al poeta, hondo de pensamiento y de emoción, al trovero de las cosas del alma, al aeda de las rapsodias íntimas, al portalira de las armonías espirituales, al bardo peregrino que fué por el mundo cantando su cuita sentimental, al vate místico de las efusiones melancólicas, que se ciñera las rosas de Santa Teresa.

Para nosotros, Amado Nervo no es una sombra en un sepulcro.

El ataúd acoge una vez más un cuerpo vacío.

La tierra es tálamo excesivo para tan pocos huesos...

Ya nada resta de lo que fuera como hombre.

Sus ojos no miran, su boca no habla, sus labios no sonríen, su cerebro no piensa, su corazón no late... Pero bajo el ala del sueño que no tiene fin, la inmortalidad está presente.

Y es así cómo el poeta obtiene la última victoria.

Al silencio de la tumba responde con un ritmo de lira, a la destrucción de su cuerpo contesta con la armonía inmortal de sus estrofas, a la noche que circunda su ataúd opone la gloria meridional de su numen.

Señores, yo no puedo decirle adiós a este poeta. Yo lo siento vivir una vida múltiple y generosa, honda y definitiva, fecunda, inmortal y nueva...

Yo no le puedo decir adiós a este poeta... porque Amado Nervo, como el pájaro de la leyenda, vivirá de sus propias endechas, contrariando la ley de Saturno, por lo mismo que tuvo la virtud esencial de los dioses.

CÉSAR MIRANDA.

Amado Nervo

Para la Revista «ARIEL».

... « y a la Fuente de Gracia de donde procedía
se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar! »

A la fuente de Gracia, te volviste, poeta,
con la miel en los labios y en el alma la quieta
beatitud sobrehumana de un santo monje asceta.

Muy triste, suave y santo, como tu amor, hermano,
fué el verso que labraste con tu nerviosa mano
en el sacro madero y en el mármol pagano.

Descendiste a la sima de tu alma grande y triste.
—“Soy todo sentimiento y corazón”, dijiste,
y en el inmenso río de tu interior bebiste.

Bebiste sabiamente su agua cristalina,
que a veces corre suave, dulcemente azulina,
y en otras impetuosa como sangre latina.

Flota bruma en tu verso, blanco humo de incensario,
reflejos de oro antiguo en tapas de breviario.
¡En tu frente espaciosa se sospecha un calvario!

Hay en tu verso musgo de viejas catedrales,
ascéticos trabajos, salmos penitenciales
(... y angustiosa agonía de pecados mortales...)

Vibra tu carne inquieta, por místico erotismo,
que lucha con el látigo de implacable ascetismo.
¡Extrañas floraciones de un alma que es abismo!

Monje de la Serenidad de oblación y reposo,
tú eres como el agua, dócil y poderoso.

Ayer aristocrático, pesimista, malsano.
Hoy fraternal, sereno, divinamente humano...
Hoy copiosa es tu siembra y es fecundo tu grano'

Ahora, con voz grave de tu boca fluía
tu verbo, misterioso como una profecía.
todo lleno de Gracia como el Avemaría.

... Y a la fuente de Gracia te volviste. poeta,
con la miel en los labios y en la frente la quieta
majestad poderosa de serena bondad.
Dignamente dejaste los humanos senderos
para escalar la cresta, por suaves derroteros.
de la montaña augusta de la Inmortalidad!

Mayo de 1919.

FERNANDO PEREDA (hijo).

Emilio Oribe

Engalanamos hoy las páginas de nuestra Revista, con las bellísimas poesías que gentilmente nos ha cedido el poeta Emilio Oribe.

Emilio Oribe es bien conocido por el público, para que nosotros necesitemos hacer el elogio de su obra. Desde la publicación de su primer libro «Alucinaciones de Belleza», se mostró un poeta hondamente emotivo y cincelador impecable de la forma; virtudes que evidenció y superó más tarde en «Lectañas Extrañas» y «El Castillo Interior» y que culminarán, sin duda, en «El Halconero Astral», obra que aparecerá en breve y a la cual pertenece la composición que ofrecemos a nuestros lectores. —
Nota de la Redacción.

Las Garzas

I

Cansado de estudiar
me fuí al campo. Sufría psicastenia,
y falta de voluntad,
y una fatiga horrible en el cerebro.
Además,
desengaño infinito, sobre todo
de amar.

II

Un indio viejo de la estancia
me hizo un regalo muy original.
Cinco garzas — ¡oh, asombro! — que hablaban
después de muchos años de enseñanza tenaz;
Una era rosa, otra blanca, otra gris,
otra amarilla como el oro, y otra verde.

Esto, que os parece fundamental
contrasentido científico, es muy cierto.
Quien lo dude que hable con mi capataz.

El indio me habló así:
—La garza rosa será el Amor, la blanca será
la Fe, la gris la Duda, la de oro la Ambición.
y la verde la Esperanza inmortal .

—Cuando quieras, amigo enfermo,
con ellas hablarás.
Dicho esto me entregó las cinco garzas.

Yo las quise interrogar
en seguida, gozoso del privilegio.
Entonces,
la garza rosa dijo: ¡Vuelve a amar!
la garza blanca dijo: ¡Vuelve a creer!
la garza gris me dijo: ¡Vuelve a dudar!
La garza de oro me gritó al oído:
—¡Vuelve a ambicionar!
La garza verde no me dijo nada.

III

Amar, Creer, Dudar, Ambicionar...
¡Palabras crueles y terribles!
Muy pronto alteraréis mi nueva soledad,
¡oh, pajarracos!, despertando mi corazón,
pensé, lleno de miedo; y me puse a degollar
aquellas cuatro aves,
la rosa, la blanca, la gris y la de oro,
con un filoso puñal.
¡Sólo he quedado con la garza verde!...
La Esperanza.
¡Pero esa nunca va a querer hablar!

EMILIO ORIBE

NOTAS

Colaboraciones recibidas.

Debido a la tardanza con que llegaron a nuestra Redacción, nos vemos precisados a postergar su publicación para el próximo número, la brillante conferencia que sobre Amado Nervo, leyó en público el doctor Carlos M.^a Prando, y dos notables estudios sobre música, de los señores Avelino Baños y Eugenio Petit Muñoz.

Representante en México.

Acaba de ser designado representante del "Centro E. Ariel" en la República de Méjico, el doctor Carlos Carbajal.

Libros de Texto y Obras de consulta para Profesores
y Estudiantes recibió nuevo surtido

MAXIMINO GARCIA

LIBRERÍA DE LA FACULTAD
Calle Ituzaingó, 1416

LIBRERÍA DEL CORREO
Calle Sarandí, 461

"Curso de Literatura Griega y Latina", por Croisset Laillier y Lantoiné, traducción de ENRIQUE POTRIE. obra recomendada por los Profesores





MARCA REGISTRADA

EL GLADIADOR

Taller de Fotografados y Dibujo

Yaguarón, 1275 y 75

MONTEVIDEO

Teléf.: «Uruguaya», 1038 (Cordón.)

Vázquez Barriere y Ruano

ARQUITECTOS

Estudio: Ituzaingó, 1467

(Palacio Bracerías)

Willem Koninek & Mistler

CLASES DE FRANCÉS

Preparación y repaso para Enseñanza Secundaria y Preparatorios.

SAN SALVADOR, 2019

Laboratorio de Análisis Clínicos e Industriales

CALLE MALDONADO, 1757

César Durante y Orestes Carrara

Químicos-Farmacéuticos

Teléf.: "Uruguaya". 1111 (Cordón).

MONTEVIDEO

García Lagos y Regules

INGENIEROS-AGRIMENSORES

Estudio: Reconquista, 356.

MONTEVIDEO.

NOVEDADES LITERARIAS

Libros, Revistas, Figurines

Literatura, Ciencias en general

Textos escolares y universitarios

Agricultura, Ganadería, Manuales varios

Novelas en español, francés e italiano

FLORES CHANS y C.^a, Libreros-Editores

URUGUAY N.º 1113 — MONTEVIDEO

EL CALZADO "ARIEL"

EL MEJOR DE AMÉRICA

Para la confección de estos calzados se seleccionan los mejores materiales europeos y norteamericanos. Sus formas son cuidadosamente estudiadas según la anatomía del pie y los obreros más expertos toman parte en su fabricación.

Estas son las razones por que los entendidos lo consideran *el mejor calzado de América*.

Usad un par y no usaréis jamás otra marca.

Única casa que lo vende:

"AL GOLFO DE SPEZIA" -- Uruguay, 921

LANSAC

1022, 18 DE JULIO, 1022

Afombras — Hules — Camineros

Tapicería en general

Revista "ARIEL"

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

República Oriental del Uruguay, número suelto . . .	\$ 0 20
Idem ídem ídem, por un año	» 2 00
Exterior y países de América, número suelto . . .	» 0.30
Idem ídem ídem, por un año	» 3.00

Se reparte gratis a los socios del Centro E. "ARIEL"

APARECE EL DÍA 1.º DE CADA MES

El pago del importe correspondiente se efectuará CONTRA-ENTREGA del ejemplar, considerándose a éste, por consiguiente, como recibo. Los que deseen suscripción trimestral, semestral o anual, se servirán remitir su importe por ADELANTADO, acompañando a la solicitud.

Las suscripciones en el Exterior y en el Interior de la República, serán **por lo menos trimestrales**, y el envío de su importe se hará por giro postal, cheque o sobre certificado a la Administración.

En las localidades donde exista **Socio Corresponsal** del CENTRO ESTUDIANTIL «ARIEL», éste, como representante de la REVISTA «ARIEL», se entenderá directamente con los interesados en todo lo que se relacione con suscripciones, cobranza, reparto de ejemplares, recibo de colaboraciones, avisos, etc.

Se ruega a los señores **Socios Corresponsales** acusen recibo, a la mayor brevedad, de las comunicaciones y envíos que reciban, lo mismo que gestionen la remisión, para la mesa del CENTRO E. «ARIEL», de los periódicos de la localidad.

Toda comunicación relacionada con la Revista «Ariel», debe dirigirse a la Administración: Sarandí, 490.—MONTEVIDEO.

TARIFA DE AVISOS:

<i>Carátula</i> - Páginas interiores, aviso de media página, por publicación	\$ 6.00
Página exterior (tapa posterior de la Revista) . . .	» 10.00
<i>En el texto</i> - Avisos profesionales (contrato mínimo de 3 meses), por publicación	» 0 30
1 página (Aviso comercial)	» 8.00
1/2 ídem ídem	» 5 00
1/3 ídem ídem	» 3 00
1/4 ídem ídem	» 2.50
1/6 ídem ídem (Intercalados en el texto) . . .	» 5.00
1/8 ídem ídem	» 1.50

